

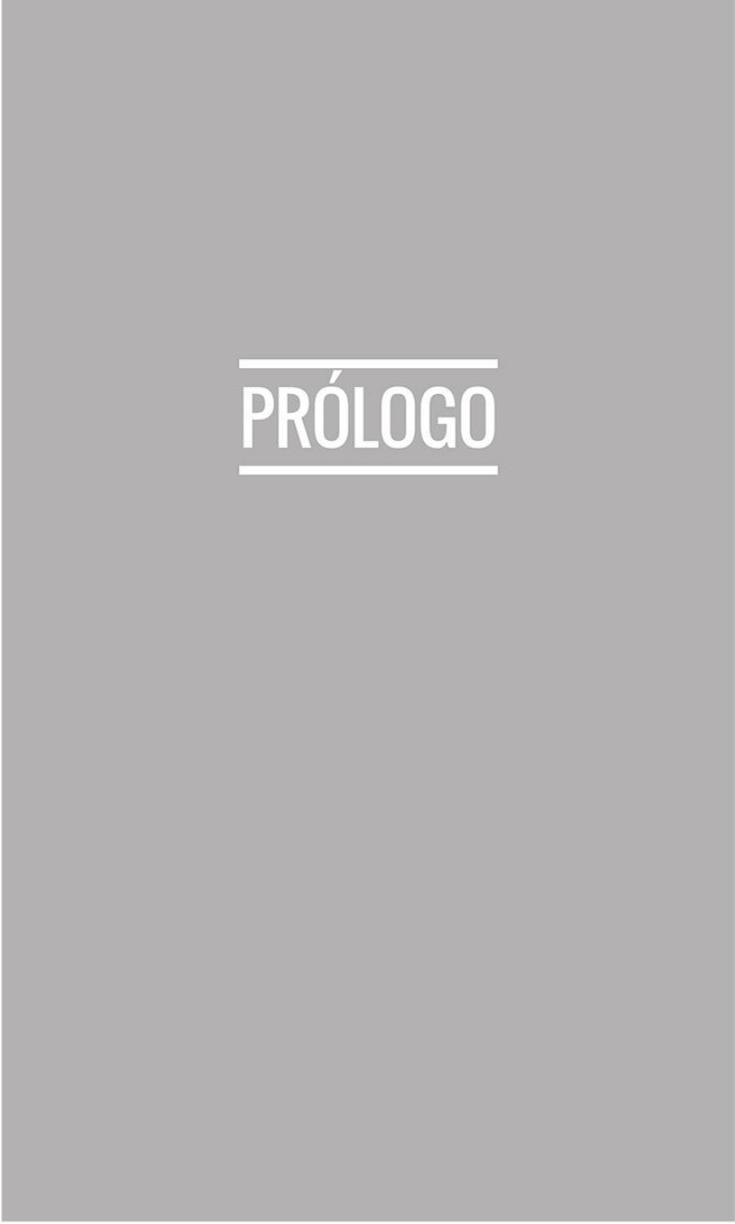
WILLIAM LEAST
HEAT-MOON

CARRETERAS

AZULES

Un viaje por Estados Unidos

Capitán Swing®



PRÓLOGO



Carreteras azules es un libro que provoca en los escritores ganas de llorar, pues tras su aparente facilidad oculta un hondo dominio de la escritura y una clarividencia que pocos ensayistas (novelistas o poetas) han exhibido. Apremiar la capacidad de introspección y de proyección de Heat-Moon desplegada en apenas unos párrafos de distancia se antoja, cuando menos, injusto.

He aquí, por ejemplo, dos fragmentos del viaje de Heat-Moon a través de Kennebunkport (Maine) que aparecen hacia el final del libro. El primero: «En la carretera, donde el cambio es continuo y visible, el tiempo no lo es, sino que es más bien algo que el viajero solo infiere. La cuarta dimensión del viajero no es el tiempo, sino el cambio». Es un pensamiento digno de análisis (de hecho, es justo lo que hace Heat-Moon, pues me atrevería a decir que ese y no otro es el tema de este libro). Sin embargo, apenas uno empieza a reflexionar sobre ello, el viaje lo traslada de súbito a una vida efervescente, en este caso, la de los comercios de baratijas de un muelle sometido a un proceso de aburguesamiento: «Se acercaba la temporada de verano y ya se veía a estiradas mujeres maduras con sus zapatos de suela antideslizante y sus faldas cruzadas dirigiendo a sus maridos de medio pelo por el interior de tiendas rebosantes de macramé, y hasta los mostradores de velas perfumadas. [...] Descendí hasta la orilla. [...] Los niños cavaban hoyos, las madres leían voluminosas novelas firmadas por mujeres con tres nombres y los padres leían las camisetas mojadas de las estudiantes».

Todo el libro es así: una agudeza de observación propia de una Nikon y una pugna con el significado de la edad, la pérdida y el cambio ganada con sumo esfuerzo. Heat-

Moon es el maestro de la interrogación. No suelta el anzuelo, ni permite que nadie lo haga. A lo ancho y largo de Estados Unidos encuentra a desconocidos, uno tras otro, y les sonsaca historias. De hecho, la conversación constituye una de las maravillas de este libro, que, en ocasiones, recuerda a un proyecto de Alan Lomax, [1] como si el objetivo de Heat-Moon hubiera sido plasmar la manera de hablar de las personas, en un momento en el que esta difería de un lugar a otro. Aunque su periplo tuvo lugar hace solo treinta y cinco años, esa horquilla de tiempo implica que las personas mayores con quienes conversó vivieron en esa otra América, la América anterior a la radio y la televisión. Se les nota en la forma de hablar, con grandes florituras lingüísticas o yendo directamente al grano, sin rodeos. Entre sus muchas otras virtudes, este libro es una cápsula del tiempo.

Y, como tal, su reedición plantea naturalmente el interrogante de cómo ha cambiado el país desde su publicación original: qué encontraríamos hoy si nos embarcáramos en ese mismo viaje. La marea creciente de la homogeneización ha continuado ascendiendo litoral arriba, no hay duda de ello: imagino que la tienda de ultramarinos de Carolina del Norte con las veintidós marcas de tabaco de mascar y las quince de rapé ya no existirá. (El itinerario de Heat-Moon lo lleva a través de lo que hoy es el corazón del territorio de los grandes almacenes Walmart). Sin embargo, el avance del no lugar no se detiene ahí. La única mención a un ordenador que aparece en *Carreteras azules* la encontramos en el refectorio de un instituto baptista de Misisipi, donde el autor conoce a una mujer («con una sonrisa de mantequilla de almendras [...] [cuyo] cabello, acabado de rizar con un rizador, [...] caía dibujando amplios bucles del color de la nuez pulida») interesada en usar un IBM 36158 para automatizar sus plegarias. El mayor cambio acontecido en los años transcurridos desde entonces es, sin lugar a dudas, Internet; al margen de cuantas maldiciones y bendiciones se le achaquen, es evidente que Internet ha

comportado una fusión cultural mucho más profunda que la televisión y nos ha convertido a todos en una única entidad conectada que se contenta con permanecer sentada y clavar la vista en la pantalla. Podría pensarse que Heat-Moon y sus sucesores tendrían que ceñirse a la historia (tal como ya hizo en gran medida en la continuación de este libro, *PrairyErth*, un volumen igual de fascinante).

Pero ¿saben qué? Que la realidad se está volviendo a imponer. Al poco de escribir *Carreteras azules*, si no recuerdo mal, Heat-Moon recorrió el país para comprobar con sus propios ojos el repentino brote como setas de microcervecerías, la primera pista de la reemergencia de la cultura gastronómica local que íbamos a presenciar. En la actualidad hay dos mil fábricas de cerveza repartidas por todo Estados Unidos y los mercados de productos locales son la parte de la economía alimentaria nacional que más crece... y, con ambos, gracias al cielo, también prospera la conversación. (Hace poco un sociólogo afirmó que el cliente medio de un mercado de productores mantenía diez veces más conversaciones por visita que una persona que efectúa la compra en el supermercado). Y, así, el número de granjas en Estados Unidos ha aumentado durante los últimos cinco años, por primera vez en un siglo y medio. La América rural que describe Heat-Moon es diferente, pero no está extinta, y conforme la falsa prosperidad del siglo pasado empiece a menguar y a desvanecerse, la realidad, en toda su belleza y también en toda su fealdad, se dejará ver de manera más insistente, lo cual equivale a decir que quedan nuevos viajes como este por hacer.

Ahora bien, a mi parecer al menos, no hay muchos escritores como William Least Heat-Moon que puedan realizarlos. A fin de cuentas, parte de los antepasados de Heat-Moon entroncan con la génesis misma de este continente, es un autor conocedor (sin petulancias) de la literatura anglosajona y es capaz de mezclarse fácilmente con casi cualquiera (y sin necesidad de arrastrarse ni de adular). Además, estuvo

dispuesto a desempeñar la laboriosa tarea de transformar esa experiencia en literatura. Si en algún momento estos pasajes le recuerdan a publicaciones en un blog de unas vacaciones de verano, reléalos con más detenimiento y saboréelos, porque este libro es el culmen de la escritura.

BILL MC KIBBEN

[1] Alan Lomax (1915-2002) fue un importante etnomusicólogo estadounidense, considerado uno de los mayores recopiladores de canciones populares del siglo xx . Dedicó la mayor parte de su vida a viajar por el mundo recogiendo con su grabadora muestras del folclore musical de varios países. *(Todas las notas de la presente edición pertenecen a la traductora).*

En los viejos mapas de carreteras de Estados Unidos, las carreteras principales eran rojas y las secundarias, azules. Ahora incluso los colores están cambiando. Pero en los breves instantes justo antes del alba y poco después del crepúsculo, esos momentos que no pertenecen ni al día ni a la noche, las viejas carreteras devuelven al cielo parte de su color. Se impregnan entonces de un misterioso tono azul, y es en ese instante cuando resultan más seductoras, cuando, despejadas, nos invitan con una seña y con toda su extrañeza y se convierten en un lugar en el que un hombre puede perderse.

*Este libro está dedicado
a la esposa del jefe
y también al jefe de la tribu.
Con amor.*





01

Cuidado con los pensamientos nocturnos. No se analizan debidamente; se presentan torcidos, despojados de sentido y de toda contención y surgen de las fuentes más insondables. Pensemos, por ejemplo, en el 17 de febrero, un día de expectativas frustradas, el día en que supe que mi empleo como profesor de inglés había concluido a causa de un descenso en las matriculaciones en el instituto, el día en que telefoneé a mi esposa, de quien hacía nueve meses que me había separado, para comunicárselo, y el día en el que ella dejó caer algo acerca de su «amigo»: Rick, Dick, Chick... o algo por el estilo.

Aquella mañana, antes de que las noticias se precipitaran, Eddie Short Leaf, que trabajaba unas tierras en el valle del Misuri y quitaba a palazos la nieve de las aceras del campus, me comentó que, si aquel frío intenso no cesaba pronto, los árboles se congelarían por dentro y estallarían. Eso fue lo que dijo.

Aquella noche, mientras, tumbado, me preguntaba si me sobrevendría el sueño o haría explosión, se me ocurrió una idea. Un hombre incapaz de tirar adelante con su vida al menos podía tirar. Podía dejar de intentar esquivar la vida, aparcar la rutina y afrontar el peligro real de las circunstancias... por mera dignidad.

El resultado: el 19 de marzo, la última noche de invierno, volvía a yacer despierto en la cama, entre una maraña de sábanas, en esta ocasión asediado por las dudas sobre la locura que suponía largarme sin más, dejándolo todo atrás, y dudando, en general, del plan que daría comienzo al amanecer: emprender un largo viaje circular (equivalente a

la mitad de la circunferencia de la Tierra) por las carreteras secundarias de Estados Unidos. Seguir un círculo conferiría un sentido al viaje, el de regresar al punto de inicio, del que carecería desplazarme en línea recta. E iba a hacerlo vi- viendo en la parte trasera de una furgoneta. Pero ¿por dónde empezar aquel nuevo principio?

Un extraño sonido interrumpió mi duermevela. Me acerqué a la ventana y noté el aire frío en los ojos. Al principio solo vi el fulgor de las estrellas. Pero luego los avisté. En el negro cielo de marzo vi dos bandadas entrelazadas de gansos azules y navales graznando mientras volaban hacia el norte, dibujando una configuración ondulante con forma de uve doble en aquel cielo fosco, con sus blancos vientres resplandeciendo misteriosos por el reflejo de las luces de la ciudad y sus cuellos alargados hacia el norte. Divisé entonces otra bandada que abandonaba el sur, quién sabe por qué motivo, tal vez para criar y para reconstruirse. Una nueva estación. Allí estaba la respuesta: empezar por seguir la primavera, tal como ellos hacían, sombríamente, alargando el pescuezo.

02

El equinoccio de primavera llegó una mañana gris y sose- gada, curiosamente tranquila, ni invernal ni primaveral, como si el ciclo se hubiera detenido. Puesto que las cosas suceden como suceden, mi partida al alba pasó a ser una partida por la mañana y luego una partida por la tarde. Finalmente, subí a la furgoneta, bajé la ventanilla y eché un último vistazo a mi apartamento alquilado. Desde un olmo muerto que los gavilanes utilizaban cada año se oyó un agudo *uiii* cuando los polluelos chillaron pidiendo más larvas. Puse en marcha el motor. Cuando regresara la próxima estación, si es que regresaba, aquellos polluelos ya habrían abandonado el nido.

Acompañado únicamente por una pequeña araña gris que caminaba por el salpicadero (mata una araña y lloverá),

conduje hasta la calle, doblé la esquina, atravesé la intersección, crucé el puente y me incorporé a la carretera. Me dirigía hacia esas pequeñas poblaciones que salen en los mapas (cuando salen) solo porque al cartógrafo le queda un espacio en blanco que rellenar: Remote (Oregón); Simplicity (Virginia); New Freedom (Pensilvania); New Hope (Tennessee); Why (Arizona); Whynot (Misisipi); Igo (California; un poco más allá de Ono, por la misma carretera): allá voy. [2]

03

Una promesa: me dedico este capítulo a mí mismo. Cuando lo haya acabado, ya no volveré a hablar sobre ese asunto.

Llamadme Least Heat-Moon. Mi padre se hace llamar Heat-Moon y mi hermano mayor, Little Heat-Moon. Yo, por ser el benjamín, soy por ende Least, el menor. Asimilar mi nombre ha sido toda una lección.

Para los pueblos sioux, la Luna del Calor es el séptimo mes, un tiempo que también se conoce como la Luna de Sangre, creo que debido al oscuro color que adquiere a mediados del verano.

Tengo otros nombres: Buck, que en su día me parecía un insulto, por no hablar ya de mis rasgos anglosajones predominantes. Y también Bill Trogdon. Los nombres cristianos se remontan a un abuelo de hace ocho generaciones, un tal William Trogdon, un inmigrante procedente de Lancashire que vivió en Carolina del Norte y fue asesinado por los lealistas [3] por proporcionar alimento a patriotas rebeldes, gracias a lo cual su nombre quedó inscrito en el cuarto volumen de *Makers of America*. En cambio, en la concepción de los pieles rojas, los indios, un hombre que hace las paces con lo nuevo destruyendo lo viejo no merece honores. O eso he oído decir.

Un verano, mientras Heat-Moon y yo paseábamos por los terrenos ancestrales de los osages cerca del río homónimo

en el oeste de Misuri, conversamos acerca de linajes. Mi padre me dijo: «En cualquier persona de cualquier lugar, si la miras desde la distancia suficiente, encontrarás sangre roja y un corazón rojo. Aún hay esperanza».

No obstante, un mestizo, al margen de a quién deba su corazón, es un hombre contaminado en quien no confían ni los pieles rojas ni los blancos. Tal actitud responde a la extensa ristra de mestizos «pérfidos» que existió tiempo atrás, hombres que, por su condición, tuvieron que renunciar a uno de sus linajes. Por mi parte, yo escogeré lo que me dicte el corazón o el espíritu, pero nunca la sangre.

Y una última cosa acerca de las líneas de consanguinidad. Mi esposa, una mujer con unos fascinantes rasgos mestizos, descendía de los cheroquis. Llamábamos a nuestras batallas, las que librábamos mi cheroqui y yo, las «guerras indias».

Por todos estos motivos, bauticé mi furgoneta con el nombre de Ghost Dancing, [4] un símbolo torpe en alusión a las ceremonias de la década de 1890 en las que los indios de las Llanuras, vestidos con camisas de tela que creían que los hacían indestructibles, bailaban por el retorno de los guerreros, de los bisontes y del fervor de la vida ancestral, que arrasaría la nueva vida. Las danzas de los espectros, rituales de resurrección desesperados, fueron los estertores de un pueblo cuya última defensa era la ilusión, prácticamente lo único que les quedaba en su insignificancia.

Y un último detalle: la mañana de mi partida había visto treinta y ocho Lunas de Sangre, una edad que conlleva su propia locura y futilidad. Con una sensación de aislamiento que rozaba la desesperanza y la sospecha creciente de que vivía en una tierra ajena, me adentré en la carretera en busca de lugares donde el cambio no conllevara la ruina y donde el tiempo, los hombres y las hazañas conectaran.